

mas actividades de difusión que se pueden hacer para que eso que se ha dicho tantas veces, que parece ya la milonga del puente cultural, sea verdaderamente una realidad tangible, con números, con hechos y con auténtica repercusión. Lo importante es coordinar un plan de actuación realista y efectivo. Y hay otra cuestión estrechamente relacionada con este tema que querría tocar, y es la dispersión que ha caracterizado la acción cultural exterior de España, es decir, cómo cada Ministerio iba por su cuenta, y eso lo he sufrido directamente yo durante mi estancia en Buenos Aires, cuando estaba al frente del ICI. Relaciones Exteriores por un lado, Cultura por otro, e incluso otros entes del Estado. Ahora hemos creado una comisión integrada por todos los que tenemos responsabilidades en el exterior para coordinar nuestra actuación, para que no se produzcan hechos aislados y pequeños, para evitar las incoherencias que abundaron en los últimos años, como el caso de viajes de escritores españoles a países iberoamericanos en los que no habían sido editados sus libros.

—Usted calificó de espléndido el estado de salud de la industria editorial española. ¿No ocurrirá que eso es verdad para cinco o seis poderosísimos grupos y no lo es para el conjunto de medianas y pequeñas editoriales?

—Bueno, es cierto que hay unos seis o siete grandes grupos editoriales que concentran la mayor parte de las ventas: el 53,7 por ciento de la producción privada fue editado por el 7 por ciento de las empresas. Ahora bien, la concentración de la industria editorial en grupos cada vez más fuertes y menos numerosos que van ganando crecientes cuotas de mercado es una tendencia que se registra en todo el mundo, no sólo en España, y tiene sus aspectos positivos. En primer lugar para la consolidación económica de las empresas y el consiguiente aumento del volumen de negocio. Esto permite, por ejemplo, que a veces nos movamos en unas cifras de contratación muy altas de obras de grandes autores. Otro fenómeno benéfico es que hoy la oferta editorial está muy abierta a la publicación de cualquier libro; nunca se editó a tantos escritores jóvenes como ahora, resulta impresionante. Esto constituye un factor de modernización y de libertad muy importante.

—Este proceso de concentración, de absorción de las editoriales pequeñas y medianas por las grandes, ¿no puede entrañar un peligro de monopolización de los medios de expresión culturales?

—La clave, para mí, y opino fundamentalmente desde la responsabilidad cultural que me atañe, está en formar ciudadanos libres y críticos. Creo que en cuanto al proceso de concentración de la industria editorial, donde tenemos que enfocar nuestra atención es en si eso menoscaba o no la oferta editorial, es decir, la riqueza editorial.

—Lo importante es que se mantenga la pluralidad.

–Exactamente. La pluralidad sobre todo. La palabra clave en cultura es pluralidad, cualquier tipo de dirigismo cultural, además de inútil, es nefasto. Si la concentración significa un paulatino abandono de aventuras editoriales que a la larga tienen una repercusión trascendental en la vida cultural de los ciudadanos, pues sería una mala noticia. Pero si, como está pasando en España, se conservan el espíritu y la línea de las diferentes editoriales, más o menos pequeñas, que han sido integradas en grandes grupos –casos como los de Tusquets, Mario Muchnik, Siruela, entre otros–, me parece estupendo, porque eso les garantiza libertad y solvencia económica. Y al lado siempre existirá, y deseo que exista porque es consustancial a la edición, ese editor pequeño que encuentra su sector y puede deslumbrarnos con grandes hallazgos literarios. Hace un tiempo, en el programa televisivo de Fernando Sánchez Dragó *Negro sobre blanco*, junto a Imelda Navajo, directora de un gran grupo editorial como es Planeta, estaba Jesús Munárriz, el pequeño editor de Hiperión, especializado en poesía. Me pareció todo un símbolo de cómo, en el mundo del libro, existen vías complementarias. Como decía Antonio Machado, «no busques tu contrario, busca tu complementario». Otra cuestión es que se enriquezca el patrimonio bibliográfico español. Nosotros tenemos un programa de fomento de la edición de determinadas obras que pudieron ser de interés cultural pero que quizá tienen una difícil comercialización. Se trata de ayudas a las casas editoriales que afronten ese riesgo; no simplemente en forma de apoyo económico para la edición sino con la compra de parte de la misma para las bibliotecas públicas. Así se cierra un poco el círculo: en el fondo, es dinero de los ciudadanos que vuelve a los ciudadanos traducido en un libro de interés que de otra forma nunca se habría editado.

–*Frecuentemente las editoriales privadas se han quejado de la enorme cantidad de libros que publica el Estado en sus distintos ámbitos, que van desde los ministerios hasta las universidades, pasando por gobiernos autonómicos, municipales, etc. Sobre esos 52.000 títulos editados en España en 1995, ¿cuál era el porcentaje de los del Estado?*

–A la edición institucional oficial pertenecía un 16,8 por ciento, la producción de libros por editoriales privadas era de un 73,96 por ciento, la de instituciones privadas sin ánimo de lucro un 4,71 por ciento y la de autores que hacían su propia edición significaba un 4,51 por ciento del total.

–*Los editores privados dicen que ese importante volumen de edición oficial constituye una competencia desleal y un derroche del dinero de los ciudadanos. ¿La actual política en la materia apunta a una reducción drástica de la producción de libros por parte del Estado?*

–Hace poco les comentaba, un poco en broma, a un grupo de editores y libreros que me planteaban esa queja: «Os advierto que ni siquiera es

una competencia desleal, porque ni se distribuyen esos libros». Se trata de algo peor: es un dislate. A lo largo de los últimos años más de 50.000 millones de pesetas se gastaron en edición pública; es dinero de todos los españoles. Nosotros dijimos desde el primer momento que había que reducir, sin contemplaciones, la edición institucional. Cuando tengamos las cifras completas de 1996 se va a notar una reducción importante, que será mucho mayor en 1997. Es otra cuestión de sentido común. Los almacenes están llenos de libros de edición estatal que no cumplen ninguna función. Incluso lo corroboraba el verano pasado, en el curso de edición que hicimos en la Universidad Menéndez Pelayo, de Santander, el ex ministro de Cultura Jorge Semprún. Lo admitió públicamente. Esta es otra de las cosas obvias que había que hacer y que nunca se hizo. Por supuesto que el Estado, la Administración, tiene la responsabilidad de editar, sobre todo lo que es información para los ciudadanos, y también otro tipo de textos. Pero no la inmensa cantidad de libros absolutamente innecesarios, muchos de ellos de un lujo sorprendente, que fue característica de los últimos años. Acabaremos con eso. La edición institucional va a ser radicalmente reducida.

—¿Esta reducción afectará a las ediciones universitarias o ése es un ámbito en cierto modo ajeno a las otras esferas del Estado?

—El de las universidades es un ámbito distinto, en efecto. Nosotros marcamos las directrices de edición institucional y recomendamos su aplicación. Pero en los sectores en los que tenemos una responsabilidad directa las cumpliremos con una escurpulosidad espeluznante.

Carlos Alfieri

